

La calle para el jueves 5 de abril de 2007
Diario de un espectador
Guerra en casa
por miguel ángel granados chapa

A las diez de la noche del domingo pasado había una oferta filmica en los canales provistos por Sky no muy abundante y con escasa calidad. Con decir a ustedes que ninguna de las películas programadas en ese primer día de abril, a esa hora, figuraba en la sección "Lo mejor del mes en Sky". Al final, después de echar una ojeada a *Cold Case*, *The Punisher* y *Lona Dorne*, nos quedamos en el canal Cosmopolitan, no sin sentirnos intrusos pues la programación se presenta como exclusiva para mujeres. Vimos casi en su totalidad una cinta de Emilio Estévez, con él mismo en el papel principal, Kiimberley Williams representando a la hermosa y frágil hermana del protagonista y, como sus atribulados padres, Martin Sheen y Kathy Bates.

Una parte de la historia no tiene nada de particular. Narra los efectos desastrosos que en la mayor parte de los combatientes genera su participación en una guerra incierta y prolongada como la de Vietnam. Pocos sobrevivientes regresan enteros a su vida tradicional. Quien más, quien menos, todos resienten alguna lesión y hasta mutilaciones, en el cuerpo o en el alma. La trama de *Guerra en casa* añade a ese problema sicosocial común a la mayor parte de los veteranos un conflicto familiar en una casa promedio en cualquier ciudad norteamericana.

El muchacho de la película regresa de la guerra condecorado por su valor, pero con inevitables recuerdos atroces: "¡No puedo olvidar, no puedo olvidar!", repite en la estación de autobuses cuando finalmente se decide a abandonar la casa paterna, transida de conflictos. La cinta va y viene al pasado, y presenta escenas bélicas, cuando el protagonista combate en Vietnam del sur contra el Vietcong, la inasible guerrilla que terminó minando a la fuerza invasora norteamericana. En una escena principal, la tropa descubre en una trinchera, refugiado y tembloroso, a un muchacho vietnamita al que se demanda de modo violento información sobre movimientos de la insurgencia armada, información que el prisionero se niega a dar (quizá, entre otras cosas, porque no entiende inglés e ignora, por lo tanto, qué se proponen averiguar sus captores).

Después de fatigarse un rato en el interrogatorio, un oficial entrega su revólver al personaje interpretado por Estévez, un angustiado muchacho que finge no saber qué se le está pidiendo. Cuando no le queda más remedio, ejecuta al prisionero (tras un débil intento de apelar a la ética guerrera, recordando a su superior que no se priva de la vida a un enemigo reducido al cautiverio y desarmado), pero al hacerlo, al disparar directo a la cabeza, se figura que lo hace sobre su padre. Lo confiesa al propio afectado, en medio de una trifulca familiar posterior a una fallida cena de acción de gracias, la fiesta norteamericana por excelencia que a fines de noviembre de cada año reúne a las familias, no siempre en santa paz.

Al contrario, el muchacho de la película vive un momento de aguda desesperación. Pistola en mano, amenaza a sus padres y a su hermana porque la angustia se le desborda, causada por la memoria de violencia que no lo abandona. Reprocha a un oscilante Martin Sheen, que va de la conformidad provocada por el susto que le causa la reacción filial a la ira tan violenta como la que trata de repeler; el hijo reprocha al padre, decimos, que no quiso propiciar su desertión. Cuando fue llamado a filas, el protagonista pidió a su padre dinero para huir a Canadá. Pero el viejo apeló al honor, le negó ayuda y el muchacho tuvo que cumplir con su deber, cayendo en un infierno del que quizá pueda escapar una vez que se decide a huir de la casa y a bordo de un autobús Greyhound se dirige a California.

Mención especial merece, como siempre, Kathy Bates, que encarna a una torpe y asustadiza pero amorosa madre de familia.